



H. P. Lovecraft

Polaris



E LEJANDRIA



H. P. Lovecraft

Polaris



E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

POLARIS

H. P. LOVECRAFT

PUBLICADO: 1918

FUENTE: [HTTPS://EN.WIKISOURCE.ORG](https://en.wikisource.org)

TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

EDICIÓN ORIGINAL: WEIRD TALES, SEPTEMBER 1926

POLARIS

Por la ventana norte de mi alcoba entra el resplandor de la Estrella Polar con una luz inquietante. Brilla allí durante las largas y horribles horas de oscuridad. Y en el otoño del año, cuando los vientos del norte maldicen y gimen, y los árboles de hojas rojas del pantano se murmuran cosas unos a otros en las horas pequeñas de la madrugada bajo la menguante luna con cuernos, me siento junto al ventanal y observo aquella estrella. Desde las alturas se tambalea la centelleante Casiopea a medida que pasan las horas, mientras el Carro Mayor avanza pesadamente desde detrás de los árboles del pantano, empapados de niebla, que se balancean en el viento nocturno. Justo antes del alba, Arturo guiña con un fulgor rojizo desde lo alto del cementerio en el montículo bajo, y la Cabellera de Berenice tiembla extrañamente a lo lejos, en el misterioso este; pero la Estrella Polar sigue mirando desde el mismo punto de la bóveda negra, guiñando de manera espeluznante como un ojo demente que vigila y se esfuerza por transmitir algún mensaje extraño, aunque no recuerda nada salvo que hubo un tiempo en que tenía un mensaje que transmitir. A veces, cuando está nublado, puedo dormir.

Bien recuerdo la noche de la gran aurora, cuando sobre el pantano danzaron los espantosos fulgores de la luz demoníaca. Tras el haz de luz vinieron las nubes, y entonces dormí.

Y fue bajo una menguante luna con cuernos cuando vi la ciudad por primera vez. Yacía quieta y soñolienta sobre una extraña meseta

en un valle entre picos igualmente extraños. Sus murallas y sus torres eran de mármol lívido, sus columnas, cúpulas y pavimentos también. En las calles de mármol había pilares de mármol, cuyas partes superiores estaban talladas con la imagen de hombres graves y barbudos. El aire era cálido y no se movía. Y en lo alto, a apenas diez grados del cénit, resplandecía aquella Estrella Polar vigilante.

Largo tiempo contemplé la ciudad, pero el día no llegaba. Cuando el rojo Aldebarán, que parpadeaba bajo en el cielo pero nunca se ponía, había avanzado un cuarto de su recorrido en torno al horizonte, vi luz y movimiento en las casas y en las calles. Formas extrañamente ataviadas, pero a la vez nobles y familiares, andaban por ella, y bajo la menguante luna con cuernos los hombres hablaban de sabiduría en una lengua que yo comprendía, aunque no se parecía a ningún idioma que hubiera conocido jamás. Y cuando el rojo Aldebarán había avanzado más de la mitad de su recorrido en torno al horizonte, sobrevino de nuevo la oscuridad y el silencio.

Al despertar, yo no era el mismo de antes. En mi memoria quedó grabada la visión de la ciudad, y dentro de mi alma surgió otro recuerdo, más vago, cuya naturaleza no acerté entonces a precisar. A partir de entonces, en las noches nubladas en que podía dormir, veía la ciudad con frecuencia; a veces bajo los ardientes rayos amarillos de un sol que no se ponía, sino que giraba bajo en torno al horizonte. Y en las noches despejadas la Estrella Polar me miraba como nunca antes lo había hecho.

Poco a poco empecé a preguntarme cuál sería mi lugar en aquella ciudad sobre la extraña meseta entre extraños picos. Al principio me contentaba con contemplar la escena como una presencia incorpórea que todo lo observaba; ahora deseaba definir mi relación con ella y hacer oír mi voz entre los hombres graves que conversaban cada día en las plazas públicas. Me dije: «Esto no es un sueño, pues ¿con qué argumentos podría demostrar la mayor realidad de aquella otra vida en la casa de piedra y ladrillo, al sur del siniestro pantano y el cementerio en el montículo bajo, donde la Estrella Polar se asoma cada noche a mi ventana del norte?»

Una noche, mientras escuchaba el discurso en la gran plaza llena de estatuas, sentí un cambio, y percibí que por fin tenía una forma corporal. Y no era un extraño en las calles de Olathoe, que se asienta en la meseta de Sarkia, entre los picos de Noton y Kadiphonek. Fue mi amigo Alos quien habló, y su discurso agradó a mi alma, pues era el discurso de un hombre verdadero y un patriota. Aquella noche había llegado la noticia de la caída de Daikos y del avance de los inutos; repugnantes y diabólicos engendros de piel amarilla que cinco años atrás habían surgido del occidente desconocido para asolar las fronteras de nuestro reino y asediar muchas de nuestras ciudades. Habiendo tomado las plazas fuertes al pie de las montañas, su camino hasta la meseta quedaba ahora expedito, a menos que cada ciudadano resistiera con la fuerza de diez hombres. Pues las criaturas achaparradas eran poderosas en las artes de la guerra, y no conocían los escrúpulos de honor que frenaban a nuestros altos hombres de ojos grises de Lomar en la conquista despiadada.

Alos, mi amigo, era el comandante de todas las fuerzas en la meseta, y en él residía la última esperanza de nuestra patria. En aquella ocasión habló de los peligros que habría que afrontar, y exhortó a los hombres de Olathoe, los más valientes de los lomarianos, a sostener las tradiciones de sus antepasados, quienes, al verse obligados a desplazarse hacia el sur desde Zobna ante el avance del gran manto de hielo (tal como nuestros descendientes deberán huir algún día de la tierra de Lomar), barrieron con valor y victoriosamente a los gnophkehs peludos, de largos brazos y caníbales, que les cerraban el paso. A mí me negó Alos el papel de guerrero, pues era débil y propenso a extraños desvanecimientos cuando se me sometía a tensiones y penalidades. Pero mis ojos eran los más agudos de la ciudad, a pesar de las largas horas que dedicaba cada día al estudio de los manuscritos pnakóticos y de la sabiduría de los Padres zobnarianos; así que mi amigo, no queriendo condenarme a la inacción, me recompensó con aquella misión que no era segunda en importancia a ninguna otra. Me envió a la torre de vigilancia de Thapnen, para que sirviera de ojos a nuestro

ejército. Si los inutos intentaban tomar la ciudadela por el paso estrecho tras el pico Noton y sorprender así a la guarnición, yo debía dar la señal de fuego que advertiría a los soldados en espera y salvaría la ciudad del desastre inmediato.

Subí solo a la torre, pues todos los hombres de cuerpo robusto eran necesarios en los desfiladeros de abajo. Mi mente estaba embotada por el cansancio y la agitación, pues llevaba muchos días sin dormir; pero mi propósito era firme, pues amaba mi patria natal de Lomar, y la ciudad de mármol Olathoe, que se asienta entre los picos de Noton y Kadiphonek.

Pero al encontrarme en la cámara más alta de la torre, contemplé la menguante luna con cuernos, roja y siniestra, temblando a través de los vapores que se cernían sobre el lejano valle de Banof. Y por una abertura en el techo brillaba la pálida Estrella Polar, agitándose como si estuviera viva, y mirando como un demonio y un tentador. Me pareció que su espíritu susurraba un consejo perverso, adormeciéndome en una somnolencia traidora con una promesa rítmica y maldita que repetía una y otra vez:

Duerme, centinela, hasta que las esferas, veintiséis mil años hayan girado, y yo vuelva al punto donde ahora ardo. Otras estrellas surgirán en el eje de los cielos; estrellas que consuelan y bendicen con dulce olvido: solo cuando mi ronda haya concluido turbará el pasado tu puerta.

En vano luché contra mi somnolencia, tratando de conectar aquellas extrañas palabras con algún saber astronómico aprendido de los manuscritos pnakóticos. Mi cabeza, pesada y aturdida, cayó sobre mi pecho, y la próxima vez que alcé la vista fue en sueños; con la Estrella Polar sonriéndome burlescamente desde una ventana, sobre los horribles árboles que se balanceaban en un pantano de ensueño. Y sigo soñando.

En mi vergüenza y desesperación grito a veces frenéticamente, suplicando a las criaturas del sueño que me rodean que me despierten antes de que los inutos tomen el paso tras el pico Noton

y sorprendan la ciudadela; pero estas criaturas son demonios, pues se ríen de mí y me dicen que no estoy soñando. Se burlan de mí mientras duermo, mientras el achaparrado enemigo amarillo puede estar avanzando en silencio sobre nosotros. He fallado en mi deber y he traicionado la ciudad de mármol de Olathoe; he demostrado ser indigno de la confianza de Alos, mi amigo y comandante. Pero estas sombras de mis sueños siguen mofándose de mí. Dicen que no existe ninguna tierra de Lomar, salvo en mis ensoñaciones nocturnas; que en estas regiones donde la Estrella Polar brilla en lo alto y el rojo Aldebarán se arrastra bajo en torno al horizonte, no ha habido más que hielo y nieve durante miles de años, y nunca un hombre salvo criaturas achaparradas y amarillas, embrutecidas por el frío, a las que llaman esquimales.

Y mientras me retuerzo en mi agónica culpa, frenético por salvar la ciudad cuyo peligro crece a cada momento, y me esfuerzo en vano por sacudirme este sueño antinatural de una casa de piedra y ladrillo al sur de un siniestro pantano y un cementerio en un montículo bajo; la Estrella Polar, malévola y monstruosa, me mira desde la bóveda negra, guiñando de manera espeluznante como un ojo demente que vigila y se esfuerza por transmitir algún mensaje, aunque no recuerda nada salvo que hubo un tiempo en que tenía un mensaje que transmitir.

ACTUALIZACIONES AL GLOSARIO:

- Pole Star → Estrella Polar (con mayúsculas, como nombre propio astronómico)
- Cassiopeia → Casiopea

- Charles' Wain → el Carro Mayor (denominación castellana consolidada)
- Arcturus → Arturo
- Coma Berenices → la Cabellera de Berenice
- Aldebaran → Aldebarán
- Inutos → inutos (minúsculas, como gentilicio común; ajustar si se prefiere mayúsculas)
- Gnophkehs → gnophkehs (minúsculas por coherencia con inutos)
- Pnakotic manuscripts → manuscritos pnakóticos
- Zobnarian Fathers → Padres zobnarianos
- Topónimos inventados (Olathoe, Sarkia, Noton, Kadiphonek, Lomar, Zobna, Daikos, Thapnen, Banof) → se mantienen en su forma original sin alteración.
- El poema del centro se ha dejado en cursiva como verso, con traducción métrica libre que conserva el esquema de rima pareada del original.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB